

Desarrollo con alma, en busca de la libertad

MARTA PORTO

Ex directora de la oficina UNESCO en Río de Janeiro

RESUMEN

Una agenda de desarrollo para Brasil pasa por la profundización y el perfeccionamiento de procesos tales como la democratización, la estabilidad macroeconómica, la reforma de instituciones, la reformulación de políticas públicas y la inserción del país en un escenario político y económico internacional. Para lo que hace falta la participación de un amplio abanico de actores y un profundo cambio en la mentalidad colectiva nacional.

Palabras clave: Democratización, estabilidad macroeconómica, reforma, reformulación, inserción.

La reanudación de una trayectoria sostenible de desarrollo es encarada por todos como la mayor prioridad para Brasil.

Al contrario de lo que tanto se dice en las páginas de los periódicos, sin embargo, ésta no depende de una simple reducción del tipo de interés. Ni mucho menos implica la reedición de un modelo que ya experimentamos en el pasado, que se agotó por sus propios límites y que está en la raíz de gran parte de los problemas a los que nos enfrentamos hoy: La insuficiencia y la baja calidad de la educación, la desigualdad, el caos metropolitano, los desequilibrios ambientales etc.

Una agenda de desarrollo para Brasil hoy pasa, ante todo, por la profundización y por el perfeccionamiento de procesos que ya están en circulación en la sociedad brasileña:

- La democratización política, económica y social;
- La consolidación de la estabilidad macroeconómica;
- Una amplia reforma de instituciones que ya tuvieron su tiempo, que no conciden con la sociedad abierta y de mercado que se está construyendo y que impiden mayores logros de eficiencia y una mayor equidad;

- La redefinición del espacio público, de forma que permita consolidar la descentralización y ampliar sus fronteras, además de la esfera estatal;
- El aumento de las inversiones en infraestructura, en ciencia y en tecnología;
- La reformulación de un amplio abanico de políticas públicas, buscando obtener una mayor transparencia y, sobre todo, una mayor eficacia del gasto público;
- El rediseño de la inserción del país en el escenario económico y político internacional.

Se trata, por lo tanto, de una agenda compleja cuya materialización requiere la participación de uno amplio abanico de actores y un profundo cambio en la mentalidad colectiva nacional.

Los presupuestos arriba indicados fueron extraídos de un documento titulado «Caminos para o desenvolvimento no Brasil» (Caminos para el Desarrollo en Brasil) elaborado por una de las principales entidades de investigación y estudios sobre este tema en el país, el Instituto de Estudios del Trabajo y Sociedad, liderado por economistas y estudiosos de peso en el escenario nacional.

La pauta, correcta bajo todos los puntos de vista, no excluye del todo la dimensión cultural, ciertamente sobreentendida en algunos de los ítems arriba reseñados, pero revela la forma indirecta como ella es tratada en la totalidad de los documentos, y también en los debates públicos sobre desarrollo que lideran la discusión en el país. Ciertamente porque la cultura antes de definir un camino político propio, con una agenda clara, que

propone a medio y largo plazo y de fácil comprensión para el ciudadano común, asume una postura dudosa al intentar justificar su importancia a través de asociaciones con otras agendas — la social y la económica para quedar en las más obvias— que muchas veces roban de la cultura lo que sería su mayor contribución: la formación de individuos con consciencia crítica capaces de proponer cambios en un modelo que raramente corresponde a la ansia humana por libertad y justicia.

LO ECONÓMICO Y LO SOCIAL: UNA AGENDA CULTURAL SIN GRANDES DISTINCIONES

Un buen ejemplo de eso es la tentativa cada vez más sistemática de la «clase cultural», como algunos productores y artistas se denominan, de promover estadísticas de impacto económico de sus iniciativas, como festivales, conciertos y espectáculos de música, grandes exposiciones internacionales. Informes y eventos de presentación donde el asunto versa sobre la «importancia económica de la cultura» esconden el principal: ¿De qué cultura se está hablando? ¿Para quién va dirigido ese discurso? Y el principal: ¿Cuál es el uso (¿dónde fue aplicado y quién utilizó los dividendos?) que se hizo y se hace de los lucros obtenidos de esas iniciativas? Así, el discurso del valor económico de la cultura, —importante en la medida que puede apuntar hacia una reflexión necesaria sobre la constrictiva concentración de renta y activos que tipifica nuestro modelo de crecimiento económico y colaborar en identificar activos singulares de nuestra cultura capaces de estimular cadenas productivas que puedan hacer diferencia en la calidad de vida de las personas hoy y mañana—, pasa a

ser una forma de auto-justificar la existencia de un par de iniciativas artísticas, en gran parte de la industria del entretenimiento, que producen poca diferencia en la discusión principal sobre desarrollo y en especial en la vida del ciudadano común.

La pregunta que siempre me hago cuando me encuentro con esos informes ¿Qué es lo que realmente cambia al saber que el cine es capaz de generar millones de dólares en facturación anual, o la industria fonográfica otros tantos millones entre la comercialización de productos y los espectáculos del concierto business? Detrás de las estadísticas debería residir la respuesta a algunas inquietudes de quien se preocupa por el desarrollo basado en la justicia social y económica: ¿El lucro continúa concentrado en las manos de los mismos sectores o la capacidad distributiva es mejor? ¿Quien produce la diferencia cultural es el principal beneficiario de esos millones, ampliando su acceso al conocimiento, sus elecciones individuales y colectivas, la emancipación social y económica o estamos reproduciendo el sistema antiguo en sectores nuevos y con otros actores?

Esas dudas también valen para la cada vez más hablada función social de la cultura. Un sin número de iniciativas artísticas o de arte-educación que se ponen como la liberación a los disgustos sociales y garantizan su reducción a través de la danza, del teatro, de las artes populares.

Lo que parecía una semilla para la extensión de los derechos culturales para las comunidades populares, insertándolas como protagonistas al universo sociocultural de la ciudad, a través de la mejoría del acceso a los bienes y servicios culturales y también a las fuentes de financiación,

no ocurre. Nuevos actores surgen a partir de esos espacios, pero tratados como proyectos aislados de la dinámica comunitaria, reciben apoyos que no siempre convergen con los intereses del conjunto de los otros habitantes.

Por otra parte, la atención tardía a esas iniciativas, aunque embrionarias, provocó una seria distorsión en el sentido y en las consecuencias consideradas al justificarse su relevancia. Cualquier iniciativa cultural que surja de chabolas y de las periferias urbanas brasileñas es hoy en día considerada capaz de revertir indicadores históricos de desigualdad, invariablemente entendidos como medicina para la acción social más ingenua. Aquella que gana contornos preventivos —¿Quién aún no se sorprendió con frases como «es mejor que la muchachada esté en un taller de arte a que esté en las calles siendo víctima o autora de violencia», o «la cultura es la mejor estrategia contra la violencia juvenil»— y que no es capaz de ser universalizada? Pues tiene «público objetivo» o cuenta con compañeros con capacidad limitada de acción, reduciéndose a un porcentaje pequeño para niños y jóvenes «atendidos».

Aquí es necesario fijarse en las distintas formas con las que la sociedad continúa tratando la dimensión cultural de participación en la vida pública, para que nuevas asimetrías no surjan y permanezcan en las políticas culturales.

Para los jóvenes de clases media y alta la cultura es entendida como una aventura para el conocimiento y el saber, humanizando el espíritu y ampliando la capacidad de elección. Para los jóvenes que habitan en áreas populares, ella es constantemente tratada como medicina preventiva a la violencia urbana y a la

acción social vinculada a términos como «mejorar la autoestima», «sentirse incluido» y otros tantos que presenciamos de forma destacable en los balances sociales de empresas y en los discursos de funcionarios de la burocracia estatal o internacional. Lo que podría ser un nido de prácticas artísticas interesantes, posibilidad de promover lo lúdico, la imaginación y la curiosidad cultural pasa a ser tratado como soluciones a los disgustos sociales de problemática mucho más amplia.

El ingreso de nuevos actores sociales participando de la vida cultural de la ciudad, debe ser comprendido a partir de la tarea de universalizar el acceso a la cultura a todo el conjunto de la población y como vía de ampliar la representatividad de los actores y de las prácticas en el campo político y simbólico del universo cultural de cada localidad, región y país. Recuperar la dimensión cultural de esas reivindicaciones traídas por esos movimientos, garantizando el acceso indiscriminado de las comunidades locales al imaginario y la diversidad cultural, es un buen comienzo para pensarnos en construir un espacio público participativo. Y siempre considerar que lo que mueve las políticas sociales es la condición de vulnerabilidad del sujeto delante de un medio que no lo incluye, mientras que en la cultura el muelle propulsor es la potencia del sujeto delante del sí y de los demás.

UNA CULTURA PARA LA POLÍTICA CULTURAL

Lo que se defiende al final es una política cultural basada en preceptos culturales, en la observancia de valores y parámetros que contribuyan efectivamente para traer un tema singular a la discusión y al proceso de desarrollo. No es

el aislamiento de la cultura de otras esferas de la acción pública, sino la posibilidad de formular una agenda capaz de legitimarse de forma independiente en la vida pública. Una agenda que colabore para un tipo de desarrollo defendido por el Premio Nóbel de Economía, Amartya Sen, demuestra que la calidad de nuestras vidas debe ser medida no sólo por nuestra riqueza sino también por nuestra libertad.

«La expansión de la libertad es vista como el principal fin y el principal medio del desarrollo. El desarrollo consiste en la eliminación de privaciones de libertad que limitan las elecciones y las oportunidades de las personas de ejercer ponderadamente su condición de agente. La eliminación de privaciones de libertades substanciales, que aquí se argumenta, es constitutiva del desarrollo¹». (SEN, 2000)

El desarrollo preconizado por Sen parte de la idea de que cada individuo es agente activo de cambio, y no receptor pasivo de beneficios. Siendo así, un desarrollo visto como un proceso de expansión de las libertades reales que las personas disfrutan es un desarrollo que va mucho más allá «del crecimiento del PNB o de las rentas personales, industrialización, avance tecnológico o modernización social. (...) Las libertades dependen también de otros determinantes como las disposiciones sociales y económicas (servicios de educación y salud) y los derechos civiles (la libertad de participar de discusiones y averiguaciones públicas)».²

Contribuir a la formación de agentes capaces de participar de la vida pública de forma consciente y activa, en una sociedad capaz de establecer foros de diálogo y participación ciudadana, es una de las acciones más desafiantes de las políticas culturales.

Una política cultural que no tiene como principales destinatarios a artistas y productores, sino al pueblo. No para entretenerlo, sino para crear oportunidades reales de enriquecimiento humano, de acceso al conocimiento producido por la enorme diversidad cultural y ambiental del planeta, del reconocimiento de la nuestra y de otras identidades culturales, de experiencias culturales que emocionen, que modifiquen nuestra manera de ver y estar en el mundo. Y que nos habiliten, si así los deseamos, a ser activos participantes de las elecciones sobre nuestro presente y nuestro futuro.

Una política cultural dirigida a las personas, vinculada con la ética que valora la vida, la justicia y el reconocimiento de la diversidad. Capaz de promover lectores públicos, de estimular la curiosidad sobre sí mismo y sobre los demás, de expandir las experiencias culturales y con ellas la intención de relacionarse con el que es diferente sin que él represente una amenaza. Es decir, una política cultural dirigida a la formación cultural de las personas, de ampliación de los imaginarios y de las sensibilidades, para tornar la vida a aquello que ella debería ser por principio: más humana.

Una política de cultura que ponga alma en el proceso de desarrollo, que inspire a las personas y las impulse de forma crítica y constructiva a enfrentarse a los desafíos de la vida personal y colectiva. Que estimule protagonistas y no beneficiarios de otras políticas.

Una política para la libertad.

¿Y cómo se hace eso?

ACCESO A LA CULTURA: DIÁLOGOS E INTERCAMBIO EN EL TERRITORIO LOCAL

Primero: recuperando la noción de acceso como una vía de doble sentido, donde todos tienen alguna cosa a aportar. Poco a poco la noción divulgativa de la cultura, como medio de mejorar el acceso de la población a la producción artístico-cultural va siendo superada por la noción de diálogo e intercambio culturales, lo que presupone que todos los actores sociales son capaces de producir cultura y están en condiciones de igualdad para cambiar y experimentar nuevas prácticas y experiencias. Así, la idea de acceso pasa a ser mucho más un reto de establecer vías de diálogo, de encuentro entre diferentes en un contexto de diversidades, que de producir líneas programáticas basadas en la noción de entretener o de llevar la cultura al pueblo.

Acceso, entonces, es promover el diálogo de culturas en contextos de igualdad y cooperación, disponiendo a todos las mismas condiciones para participar de la vida pública, imprimiendo transparencia a la disputa por recursos, garantizando bienes y servicios culturales con la misma calidad en todos los espacios y a todos los sectores de la sociedad, independiente de clase social o local de residencia.

El acceso a la cultura exige un ambiente comunitario y político favorable a la inserción cultural del individuo y de grupos. Nuestra disposición de aprender y dialogar con universos diversos es fruto de los estímulos que recibimos del ambiente vivido en la infancia, en la adolescencia, en la fase adulta de la vida. Estímulos e incentivos proporcionados por la riqueza de los encuentros cultu-

rales proporcionados a lo largo de la vida, de nuestra facilidad y curiosidad de aprenderlos y transformarlos en datos importantes de la experiencia humana. La cultura, tal y como es pensada en el siglo 21, es la experiencia que marca la vida humana en búsqueda del conocimiento, del alto perfeccionamiento, del sentido de pertenecer y de la capacidad de cambiar simbólicamente.

«Un acceso desigual a los medios de expresión cultural, nuevos o tradicionales, implica no solamente una negación del reconocimiento cultural, sino también algo que afecta seriamente al sentimiento de pertenencia de individuos y comunidades, a la sociedad del conocimiento, o su exclusión de ella. La cultura posee lazos múltiples y complejos con el conocimiento. La transformación de la información en conocimiento es un acto cultural, como es el uso a que se destina todo el conocimiento. Un mundo auténticamente rico en conocimiento habrá de ser un mundo culturalmente diverso». (Koichiro MATSUURA, 2002)

El valor que damos a la cultura, la nuestra o la aprendida, es aquel que aprendemos a dar. Así, la experiencia cultural ocurre a partir del diálogo constante entre prácticas creativas propias y el libre acceso a los acervos culturales tradicionales y contemporáneos. El tamaño de la fisura en Brasil es grande, e imagino que en buena parte de los países latinoamericanos.

«Los números son elocuentes: somos hoy 186 millones de brasileños. Eso corresponde a 20 veces la población de Portugal, 5,5 veces la de Argentina y 3 veces la de Francia y de Alemania. La educación — estudiantes y profesores

en los niveles fundamental, medio, superior y postgrado — concierne a 55 millones de brasileños. Cotejar esos números con los de la producción cultural nacional es encontrarse con otro país. La tirada promedio de una novela en Brasil es de 3 mil ejemplares, el promedio de la ocupación de los teatros es de 18% de las entradas ofrecidas, y el público medio de las películas brasileñas es de 600 mil espectadores. Se observa que ni siquiera los inscritos en la escuela formal participan de la producción artística. Como Educación y Cultura son inseparables, al igual que hermanas siamesas, el país vive una fractura esquizofrénica: por una parte, una educación sin cultura, y por otra una producción cultural sin público». (ARAÚJO, 2005) ³

Segundo: estableciendo un marco de actuación política que priorice con fuerza la formación ética y humanística del ciudadano, atributos que parecen olvidados en los días de hoy. Que promueva una amalgama con potencial para garantizar que la trayectoria de la vida de cada uno, y de todos nosotros, sea más que profesión, trabajo y renta.

¿Quién cuidará del lado humano, espiritual, imaginativo y del sueño si la cultura quiere sólo lo económico, el entretenimiento, la disputa por los subsidios sociales? Nada contra las dimensiones culturales promotoras de esos sectores, pero lo principal parece olvidado: lo que nos vuelve humanos no es la función y sí la inspiración.

En ese punto, una gestión cultural atenta a proveer la educación de lo que ella parece haber perdido, el conocimiento humanístico y la autonomía crítica, es el ancla de ese dibujo. Un proceso educacional y educativo enriquecedor,

que amplíe la visión de mundo y las perspectivas de cada uno, parte de dentro y de fuera de los muros escolares. Gana relevancia en los contenidos generados por los vehículos de comunicación en Internet, en los móviles e ipods. En los bancos escolares y en los centros de cultura, en los teatros, en las calles y plazas de las ciudades, los encuentros se hacen posibles cuando son promovidos de forma creativa y sistemática, donde se abra un espacio para lo experimental, para lo comunitario, para lo extraño, dialogando con lo tradicional, lo clásico, lo de siempre, produzcan nuevos sentidos, aprendizajes ya preconizados por la antropofagia cultural de Oswald de Andrade.

Podría aquí defender las dimensiones políticas, los puntos y criterios que podrían conducirnos a una buena política cultural ya desarrollado en otros textos de autor y mejor aún

por otros autores, pero quiero simplemente defender la idea de que la cultura es legítima, sencillamente porque ella es la base de la existencia humana, es el valor que confiere dignidad y razón de estar vivos y actuantes.

El desarrollo, ese hecho con y para la libertad, es la posibilidad de encontrarnos en vida y también de cultivarnos para las próximas generaciones, condiciones que además de suplir nuestras necesidades, carguen de sentido la vida humana. Aquí, la cultura gana en dimensión y relevancia, dando oportunidad a todos y sin distinción de participar de ese proceso como protagonistas, ampliando su visión de sí y del mundo y finalmente enriqueciendo nuestra existencia de aquello que es inaplazable: la capacidad de imaginar esa vida y de soñar otras formas de vivir más solidarias, justas y finalmente, alegres.

NOTAS

1. Sen, Amartya. *Desenvolvimento com liberdade*. São Paulo: Cia das Letras, 2000.

2. Idem.

3. Araújo, alcione. *Educação e Cultura ao mesmo tempo agora*. Publicado en el periódico Estado de Minas, 2005.